

El neokeynesianismo que reniega de Keynes

Hoy es frecuente oír de un supuesto auge de las teorías del economista John Maynard Keynes, pero ¿en qué medida sus defensores son fieles al ideario de su *Teoría General*?
Axel Kicillof

El último párrafo de la *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero* contiene una perturbadora afirmación: “Los hombres prácticos, que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto”. Keynes cuestionaba entonces –en 1936- la gravitación de los más reconocidos economistas ingleses: David Ricardo y Alfred Marshall. Curiosamente, en 1971, cuando había transcurrido ya un cuarto de siglo de la muerte de Keynes, el entonces presidente norteamericano Richard Nixon afirmaba: “hoy somos todos keynesianos”. Keynes había ingresado, con honores, a esa selecta “sociedad de los economistas muertos” que gozaban de un hondo poder de persuasión sobre los políticos y los economistas vivos. Sin embargo, desde una perspectiva histórica, la influencia de Keynes estuvo sometida a un intenso ciclo de altas y bajas, de unánimes olvidos y triunfales retornos. A mediados de la década de 1970, con la crisis del petróleo como telón de fondo, el consenso keynesiano al que se refería Nixon estalló en mil pedazos y, como consecuencia, sus teorías fueron puntillosamente desatendidas durante las siguientes tres décadas. Actualmente, por el contrario, se está produciendo un verdadero rebrote del keynesianismo, especialmente en América Latina, aunque -como suele ocurrir en otros campos del saber- los enfoques, teorías y políticas asociados con una determinada escuela no siempre guardan estricta relación con las ideas del autor que las propuso originalmente. ¿Cuál es, entonces, el contenido del “neo” keynesianismo al que adscriben algunos de los líderes regionales y sus principales consejeros?

En pleno desarrollo de la más profunda crisis del capitalismo del siglo XX, la oportuna aparición de la *Teoría General* tuvo un doble efecto: de un lado, inyectó una bocanada de aire fresco que fue capaz de devolverle parte de su antiguo prestigio a la desacreditada profesión de los economistas; pero al mismo tiempo y como contrapartida, representó un verdadero *cross* a la mandíbula de la ortodoxia de aquel entonces. En realidad, el discurso ortodoxo de los años treinta guarda un macabro parecido con las recetas aplicadas en la reciente crisis argentina. Frente a la Gran Depresión, la teoría tradicional echó mano de su sempiterno recetario: la desocupación y el estancamiento se curan con reducciones salariales, ajuste fiscal y prudencia financiera. Para la economía ortodoxa, la austeridad y el sacrificio son la panacea. Pero pronto se hizo evidente que estos rancios remedios, lejos de aliviar la desocupación, no hacían más que profundizar la depresión económica. Con todo, guiada por su instinto, la ortodoxia pretendía culpar al obrero por trabajar poco y reclamar demasiado, y al Estado por dilapidar sus recursos y endeudarse en exceso. La respuesta de Keynes se ubicaba en las antípodas de los dictados del *laissez faire*: de la depresión se sale incrementando la inversión pública, aun a costa de recurrir al endeudamiento. Pero esto no era todo: su

aporte tenía mayores pretensiones, ya que cuestionaba los fundamentos mismos de la teoría convencional.

La ortodoxia se encontró así en una posición comprometida. Transcurrían los años, la reactivación no llegaba y el descontento se expandía por toda Europa y América. Y, para peor, la Rusia soviética crecía desaforadamente, como burlándose en sordina de la crisis de occidente. En vista de sus fracasos, la economía oficial perdía sustento. Hasta los empresarios, habitualmente reacios a la intervención gubernamental, debieron reconocer que el Estado podía contribuir a salir de la crisis. En este contexto se inició la revolución keynesiana que se consagró definitivamente en la segunda posguerra, tal como reconocía Nixon. No obstante, esta revolución teórica tuvo una particularidad: fue la cuestionada ortodoxia la que tomó a su cargo la difusión del pensamiento keynesiano. Y lo hizo, claro está, controlando hasta donde fuera posible los daños en el cuerpo de la teoría tradicional. El primer paso de esta absorción selectiva consistió en desacreditar a la obra cumbre de Keynes: la *Teoría General* fue acusada de ser un libro poco claro, mal escrito y plagado de defectos teóricos. El segundo paso fue aún más sofisticado: se inauguró una nueva rama de la teoría económica donde algunas ideas de Keynes pudieron ser absorbidas sin comprometer los fundamentos de la teoría convencional. Así, la economía se dividió en lo que se conoce actualmente como microeconomía y macroeconomía. En el compartimiento de la microeconomía fueron atesoradas, sin ningún cambio, las antiguas certezas de la ortodoxia. Según los postulados de la microeconomía, por ejemplo, las causas de la inflación son exclusivamente monetarias y el desempleo se cura con reducciones salariales. En el campo de la macroeconomía se admitieron algunas de las ideas de Keynes, no sin antes pulirlas, domarlas y, en muchos puntos, lisa y llanamente, desnaturalizarlas. La macroeconomía presuntamente keynesiana, por caso, si bien admite que a veces es conveniente expandir el gasto público, sostiene también que la economía debe “enfriarse” prudencialmente cada vez que el crecimiento supera ciertos límites “razonables”. Reciclando las viejas creencias de la ortodoxia, volvió a atribuir el desempleo a las rigideces del mercado de trabajo. Lo que hoy se conoce como keynesianismo es, en el mejor de los casos, el resultado de esta reconstrucción.

Sin abogar por el socialismo –y hasta rechazándolo explícitamente-, Keynes, fue mucho más intrépido que la mayor parte de sus seguidores, quienes desecharon rápidamente de sus críticas más agudas y de sus teorías más osadas, sin siquiera someterlas a discusión. El keynesianismo contemporáneo es aun más tímido que el de posguerra: podría decirse que no logró desembarazarse de una cuota de inseguridad, un claro residuo de la larga embestida liberal de los últimos tiempos. Hoy, en América Latina, el denominado neokeynesianismo sigue apartado de las teorías defendidas por Keynes al defender las antiguas máximas de la prudencia fiscal y monetaria y perseguir el objetivo ortodoxo de la estabilidad macroeconómica, en lugar de abogar por un fortísimo estímulo a la inversión y una intervención más comprometida y generalizada del Estado. Paradójicamente, la ortodoxia presenta objeciones ante muchas de las políticas actuales, incluso cuando los neokeynesianos reclaman que el control de la inflación repose en recetas monetarias, en limitaciones del crédito, en el enfriamiento del consumo y en las restricciones del gasto público. Todas recetas convencionales. Tal vez sea éste un momento oportuno para revisar las ideas originales de Keynes, ideas que, a diferencia de las de sus autoproclamados herederos, están fundadas en una teoría económica distinta de la ortodoxa. Tal vez sea, por tanto, una ocasión propicia para leer y debatir su obra más importante: la *Teoría General*.